

ÉRIC SADIN. *La inteligencia artificial o el desafío del siglo. Anatomía de un antihumanismo radical*. Caja Negra Editora, Buenos Aires, 2020, 321 páginas.

La inteligencia artificial maravilla y entusiasma. El poder que posee un cierto algoritmo, esto es la estructura lógica que controla una determinada base de conocimiento (sistema experto)<sup>1</sup> para emular razonamientos y acciones humanas con precisión asombrosa, moldean cada vez más la vida humana. Las valoraciones, las formas de pensamiento, las decisiones, las organizaciones políticas y lo que podamos o no conocer gracias a los “agentes digitales” son, sin duda, “el signo del siglo” y cualquier camino futuro. Sin embargo, en este libro, y en varios de los que constituyen su obra crítica<sup>2</sup>, Eric Sadin plantea, en 5 partes y 21 capítulos, que tal estado de asombro es a la vez, y, sobre todo, un estado de engaño, cuyo poder está, principalmente, en la dificultad de advertirlo como tal, porque ya estamos moldeados digitalmente. Ese engaño y sopor de la cultura, la filosofía de Sadin los identifica en los planos epistemológico (quién produce el conocimiento, qué es la verdad), ontológico (la reformulación de lo que es real) y en el ético y político (la cuestión de la neutralidad de la técnica en general y de la “preservación de los datos personales” como un valor supremo, así como en la imagen de amplio alcance de un “liberalismo digital”). El poder de la I.A. es el poder ascendente y acelerado sobre todas las sociedades de hoy, toda la vida y pensamiento actuales. Por ello, dice Sadin, entender la naturaleza y sentidos de la inteligencia artificial constituye tal vez el mayor desafío para la filosofía de hoy. La seducción de los procesos de las tecnologías de la I.A. es tal: “Porque en lugar de imponerse frontalmente a nosotros, en lugar de despertar temores y espanto por el hecho de su impresionante autoridad, asumen apariencias que, por el contrario, nos los vuelven cercanos y devotos, integrándose con la mayor discreción posible a lo real” (p. 80).

El manejo de la información, en grandes cantidades y de manera altamente acelerada, ha sufrido una transformación esencial a partir del presente siglo. La tecnología computacional se ha convertido en algo esencialmente diferente de lo que fue en sus inicios; es hoy ya esperable que el manejo digital de un sistema experto sea capaz de producir verdades y conocimientos que determinen guías de conductas, caminos de decisión, formas de organización humanas, y ya no solo “acompañen” a las acciones humanas, todo ello sobre la base del poder para interpretar automáticamente situaciones. De la idea de una I.A. que significa una ayuda a las acciones y decisiones humanas, de ser una herramienta precisa y eficiente en la cual se puede confiar, a pasado a ser otra cosa, esencialmente distinta, a constituirse en una franca determinación de las acciones,

<sup>1</sup> La estructura básica de un sistema experto está compuesta por: una base de conocimiento (que no es base de datos), y un módulo formal que, a su vez, se compone de un motor inferencial, que porta el sistema lógico de procedimientos inferenciales, y una interfaz.

<sup>2</sup> É.Sadin, 2018, *La humanidad aumentada, La administración digital del mundo*; 2018, *La silicolonización del mundo. La irresistible expansión del liberalismo digital*, ambos libros en Caja negra editora, Buenos Aires.

decisiones y producción de conocimientos de todo tipo (en el plano racional tal vez la reflexión filosófica aún escapa a su control). Aun cuando no lo parezca, dice Sadin, la inteligencia artificial termina por limitar la capacidad de juicio, reemplazándola. Pero la cuestión, está, cabe decir, en si esto es en sí un antivisor. Cabe pensar que la “ayuda” es bienvenida; mas, el “control” y reemplazo de lo humano, así como la determinación de la vida por tales controles, no lo parece. Tampoco se trata de la idea según la cual lo digital terminará por “destruir” lo humano; más bien el punto es que, sin destruir nada, sí habría el peligro de mayor sometimiento a las decisiones tomadas por programas, por algorítmicos, procesos, más allá del juicio humano. Un nuevo derecho, pues, ya no divino sino digital. Así, afirma Sadin (pág. 262), la I.A., hasta la década del 2010, producía *adhesión, entusiasmo, fascinación e incluso satisfacción*. Cabe decir que todo este talante no ha pasado, que sigue despertando tales emociones, pero que, también, pensadores como Sadin, ponen hoy un punto de reflexión sobre el significado de todo esto. Dice el autor que el estado de entusiasmo hoy se ha morigerado al constatarse, mediante el pensamiento crítico, la posibilidad de un control desmesurado sobre la vida humana. Así, por ejemplo, dichos controles se manifiestan en los discursos de Silicon Valley, según los cuales se pretende “organizar toda la información del mundo”. ¿Qué puede significar ese proyecto de nueva *enciclopedia* hoy? A diferencia del proyecto de Diderot, hoy se trata de la “vigilancia digital”, del “control algorítmico”, que hoy son asuntos ciertos.

Con todo, no es este un proyecto filosófico *anti tecnología*. Se trata de una reflexión en el plano crítico del significado ontológico, ético y epistémico de la inteligencia artificial. Sin duda que, aunque Sadin no lo mencione, su postura crítica se enfrenta a la otra cara de la discusión que hoy circula: la cara del *transhumanismo*. Ray Kurzweil, uno de los exponentes de dicha tendencia, afirma que “la singularidad está cerca”, esto es, la fusión entre el cerebro y el computador en algo superior: la “superinteligencia”<sup>3</sup>. Pero no solo eso, pues el *transhumanismo* pretende “mejorar” al hombre, extender su vida, mejorar su salud biológico-mental, y, sobre todo, su racionalidad, incluso sus capacidades perceptuales y emocionales. Es la utopía del “mundo perfecto”, pero supercontrolado por fuerzas ajenas a la conciencia propiamente tal, es la utopía de un mundo “seguro”, sin deficiencias cognitivas ni emocionales. He allí los sistemas expertos como diagnosticadores médicos, los procesos para *evaluar situaciones*, o la de “Revelar fenómenos enmascarados en nuestra conciencia” como el denominado “*Data mining*”, minería de datos, que significa “[l]a aptitud para distinguir correlaciones dentro de la base de datos, que permite encontrar lazos significativos entre distintos hechos” (p. 57), o como ya a fines de los 90, organizaciones como *Walmart* establecieron como fin el “analizar con precisión los hábitos de los consumidores” de manera algorítmica (p. 57). Se ha asignado, de esta manera: “A los sistemas computacionales una posición

<sup>3</sup> Véase, por ejemplo, Luc Ferry, 2017, *La revolución transhumanista*, Madrid, Alianza editorial; Max More y Natasha Vita-More editores, 2013, *The Transhumanist Reader*, Malden / Oxford, Wiley-Blackwell.

de superioridad para la evaluación de las cosas” que, si bien en términos prácticos resulta atractiva y útil, también es inquietante el precio que dichas ventajas puedan tener.

Todo esto requiere “sustituir” lo humano por un programa; ya no “ayudar” sino sustituir. Ya no es la I.A. una herramienta, un *organon*, como Aristóteles, a diferencia de los estoicos, había concebido la esencia de la lógica, sino que como una alternativa sin más. Es el mito, dice Sadin, de la “liberación del tiempo”, la liberación del hombre para que se pueda dedicar a la familia, al ocio, a la creación: son los anzuelos que actúan como fuertes justificadores.

La digitalización de las conciencias, la vida algorítmica, posee tres ámbitos de realización, según Sadin: el ontológico, el epistémico y el ético-político. La inteligencia artificial ha significado una “revolución epistemológica” (Parte 2 del texto): ¿quién, hoy, produce el conocimiento? Diagnósticos médicos, sugerencias de la mejor acción, decisiones razonadas, “deliberadas” en todas las formas de la conducta humana, *data mining*, seguimiento de preferencias de los agentes humanos, la “aplicación *Waze*”, por ejemplo, en 2008, que evalúa y sugiere decisiones en torno a la mejor ruta a seguir en carreteras, son todas circunstancias ya de la vida diaria del presente siglo. Los sistemas digitales, dice Sadin, ya “nos exhortan”, aunque sea insensiblemente, a tomar decisiones y adquirir creencias que suponemos verdaderas y justificadas por el propio algoritmo, esto es, a adquirir conocimientos. Esa “exhortación”, sin embargo, toma la forma de que tales conocimientos han sido ya adquiridos por el agente digital por sí mismo. Analizar situaciones y enunciar proposiciones verdaderas acerca de ellas es ya una función de un algoritmo, en muchos campos, cada vez más (p. 85). El agente digital tiene, hoy, pues, el poder de enunciar la verdad, en todo momento, pues “[e]xiste una aplicación para todo” (p. 106). De este modo, la historia de la verdad, dice Sadin (p. 96 y ss.), que va desde los conceptos de la verdad revelada, la verdad platónica, la verdad lógica aristotélica (no contradicción), hasta la verdad en la escolástica, la cartesiana y la certeza asentada en el *cogito*, hasta la “maldición” de la verdad, decretada por Derrida o Baudrillard, en que lo verdadero significa un encadenamiento, una tiranía de la cual hay que desembarazarse, culmina hoy en la verdad algorítmica. A todas estas concepciones de la verdad es posible oponerse sin embargo, evitarlas, retorcerlas y desconfiar de ellas; más, la *verdad algorítmica o digital* se nos presenta con tal poder indiscutido que no parece haber oposición posible a ella. Tal “régimen de verdad” se impone completamente, como nunca antes en la historia.

Pero, ¿qué sucede con el conocimiento sistematizado, con las ciencias? ¿Quién produce el conocimiento en ese nivel? Esta pregunta, que no tiene por qué ser equivalente a la correspondiente del conocer común, Sadin no la encara, al menos no directamente. Porque es en tal ámbito, el científico, donde el poder de ese agente digital, aquel *leviatán algorítmico* (p. 153), podría tener más poder, alcance y significación y, también, mayor poder de engaño.

La cuestión ontológica tiene que ver con la “desaparición de lo real” como tal. La digitalización del mundo tiende a eliminar la realidad. Y esto debido a que Sadin asume que lo real es lo que se nos contrapone, lo que nos produce incertezas, lo que nos impide ser sujetos epistémicos y éticos. Este es, dice el autor, un “nuevo milenarismo”

(p. 250), que pretende “hacer del mundo un lugar mejor”. Y este asunto, aunque Sadin tampoco lo trata explícitamente, se conecta también con el *transhumanismo* y su proyecto de mejorar lo humano. Lo real se hace “transparente”, palabra hoy al uso en un sentido muy positivo, pero que en la filosofía actual posee el significado contrario (como lo afirma Byung-Chul Han). Véase el ejemplo, puesto por Sadin, de la empresa *Know-Space*, que produce sistemas que pueden seguir, identificar, analizar, evaluar *todos* los movimientos que ocurren en la tierra, con el mayor detalle.

¿Es la tecnología en general y sobre todo la Inteligencia artificial neutra éticamente, de tal manera que solo nos tocaría hacer de ella un buen uso? Ese es el argumento implícito más corriente. Lo que hay es, más bien, una “estrechez ética”, apoyada por la política, que le sirve de respaldo, que proclama y propicia el control de los datos; pues, ser ciudadano, habría que decir a la luz de lo anterior, no parece ser hoy nada más que ser poseedor de datos a resguardar. Hay, es cierto, en los entusiastas de la inteligencia digital una preocupación por las consecuencias de ésta en las conductas, por la ética involucrada. Pero ella no pasa de ser una ética que quiere cuidar, mantener el cuidado de los “datos personales”, de la inviolabilidad de los *data*. Además, se exhibe una preocupación por tener y “recuperar el control de nuestros datos” (p. 276); hasta allí alcanza, pues, esta ética basada en el ideal del siglo, la del control digital, la de la “Conducción automatizada de los asuntos humanos” (p. 36). Es corriente escuchar hoy que, simplemente, el mundo va para allá, de tal modo que sería *insensata* la actitud crítica al respecto. Tal vez vamos para allá, pero lo problemático, dice el autor (p. 37), no es eso, sino el ir ciegamente, acriticamente. Estas transformaciones fácticas, pues, posibles de analizar desde perspectivas epistemológicas, ontológicas y ético-políticas, ya se han producido a partir del inicio del siglo, y están en estado de continua aceleración. Sadin nos dice que algo se ha transformado esencialmente; y ello se lo puede interpretar como un arco, que va desde que McLuhan declarara que las tecnologías son extensiones humanas hasta hoy, en que hay una digitalización completa de la vida humana. El tono de Sadin es de análisis teórico-filosófico; pero, al mismo tiempo, de advertencia sobre el entusiasmo excesivo que produce la utilidad digital.

ALEJANDRO RAMÍREZ FIGUEROA  
Universidad de Chile  
alramire@uchile.cl